



¿Reconciliación?

NO hay término más equívoco ni más útil a la actual demolición de España que este de *reconciliación*. No lo usan para sus fines sólo los que hoy detentan el poder tras invertir la victoria, sino que se contagia incluso a los que sufren en sí mismo y en sus ideales esa demolición.

La reconciliación entre personas puede darse cuando ha habido una desavenencia o pelea entre ellas y quieren benévolamente olvidar o enterrar el motivo de la disputa. Pero aquí no ha habido ninguna pelea entre personas. Yo, por lo menos, no me peleé con nadie ni fui al frente «a matar enemigos». Más aún, quien pueda recordar la guerra en zona nacional testificará que en las manifestaciones patrióticas nunca se profería un *¡muera!*, sino sólo *vivas*; incluso al enemigo, individual o colectivamente considerado, se le conocía cariñosamente como *los rojillos*. Esto chocará a muchos lectores de las nuevas generaciones, pero es rigurosamente cierto.

A la guerra se fue en el bando nacional para defender a la religión y a la patria, gravemente amenazadas por la anarquía, la impiedad y el ateísmo soviético. Y sobre estas motivaciones no cabe olvido ni transacción ni reconciliación. Máxime cuando están siendo hoy víctimas de

un ataque más manso pero mucho más eficaz que el que sufrían en 1936.

Reducir el asunto a algo «reconciliable» es trivializar los motivos de aquella lucha con escarnio para uno y otro bando. Para los nacionales, la guerra fue de *liberación*, no de una parte de los españoles, sino de todos, que resultarían liberados aun en contra de su opinión. La única reconciliación posible era la paulatina *incorporación* de todos a una convivencia nacional y católica, tal como, con mayor o menor fortuna, se fue realizando durante los 36 años que siguieron a la contienda. Los «republicanos» también verían seguramente la liberación de todos los españoles en un triunfo de la Internacional Marxista.

En rigor, la llamada «guerra de las dos Españas» no comienza en 1936 ni en la II República. Sus raíces son más antiguas y profundas. Los españoles vivieron «conciliados» y en paz interior bajo la auténtica monarquía y con unidad religiosa hasta principios del siglo pasado. Fue la invasión napoleónica la que sembró entre nosotros el veneno de la discordia con unas ideas tan ajenas a nuestra tradición como a la fe que profesábamos. Los liberales «afrancesados» o «renegados» —como se

les conocía— escribieron, en su alianza con los napoleónicos, la primera página de la desavenencia, desavenencia básicamente religiosa. Las Cortes de Cádiz, sediciosas en su convocatoria y en su labor constituyente, rubricaron esa discordia que enfrentaría durante un siglo a realistas o carlistas con liberales revolucionarios. Nuestra guerra de 1936 fue el último acto de esa resistencia histórica.

Buena sería la única verdadera reconciliación posible: la desaparición del régimen extranjero y sedicioso para reunirnos a todos en lo que durante más de un milenio nos unió. Pero no se piensa en eso cuando se habla hoy de reconciliación, dentro de un régimen situado en los antípodas de cuanto nuestra fe y nuestra patria representaron.

También cabe —y esto aparece más verosímil— que el olvido y descrédito de nuestra guerra y de nuestra historia dejen a las nuevas generaciones en una inopia mental que nada sepa de cuanto no sean sus personales intereses y placeres.

Pero sabido es que en la inopia no se vive una vida humana ni se autogobierna un pueblo. Ya están a la vista los que administrarán y regularán en su día esa inopia universal.

Rafael GAMBRA